

Al presente canto para una multitud que no conozco; sus aplausos son para mí un ruido vano. Si la alegría, alguna vez ha bajado en mi alma, parecía que vagase por un mundo destruído.

Un deseo olvidado, que sin embargo quiere renacer, viene á estremecer mi ánimo en medio de su larga paz, pero quizá mis nuevos cantos inarticulados no son más que los de un arpa que hace gemir la brisa. ¡Ay! Siento un estremecimiento: corren mis lágrimas y se sosiega mi corazón conturbado. Vuelven á nacer los encantos de una vez y lo que para mí desapareció revive aquí.

FAUSTO

PRÓLOGO EN EL TEATRO

EL DIRECTOR, EL POETA DRAMÁTICO, EL GRACIOSO.

EL DIRECTOR. — Vosotros, cuyo auxilio tantas veces me fué útil, dadme vuestros consejos para un caso difícil. ¿Que opináis de mi gran empresa? Yo no aspiro más que á ver mucha gente aquí y es preciso procurar contentarla. pues ella sola nos hace vivir. Pero gracias á Dios, este día ha realizado nuestras esperanzas. Allá tenéis al público reunido para vernos y preparándonos un fácil triunfo. Todos los asientos llena su inmóvil masa. Sus ojos clavados en el telón me hacen comprender que esperan cosas nuevas. Hallarlas y contentarlo es mi única esperanza. Si no comprenden el género sublime, han leído bastante y es preciso darles algo sobresaliente, divertido, ameno. ¡Ah! el espectáculo que me gusta á mí es observar la multitud, que se empuja y estruja; que con gritos y tumulto desde media tarde cerca el despacho de localidades y nuestro cajero, ufano con la entrada, se parece á un panadero en un día de hambre. ¿Pero quién puede hacer tan

suave milagro? ¡Un poeta, querido!... Y de vos lo espero.

EL POETA. — No me hables de esa insensata turba que aterra el alma y hiela el pensamiento, torbellino vulgar que roe el tedio y á un mundo de ociosos arrastra; ¡Que son para mí todos esos honores! Lejos de aquí, es menester llevarme, bajo el azul sereno, donde para mi encantado corazón florezca un puro amor, donde el amor y la amistad ayudados por un soplo celestial reanimen algún resto de mis ilusiones.... Allí este corazón ardiente encontraría algo de grande, porque los cantos del alma demasiado ardiente, heridos de muerte ó coronados al golfo del olvido van derechos: ménos brillantes cantos, frutos del desvelo mejor deleitarían á la posteridad. Que lo que demasiado pronto crece, pronto acaba: pero un laurel tardío crece en el porvenir.

EL GRACIOSO. — ¡Oh, la posteridad! ¡Sublime nombre! ¿Y qué, nada merece nuestro siglo? Pues si para el porvenir trabajara yo también, fuera pena vivir en estos tiempos. Los que viven tienen la justa pretensión de divertirse antes de sus nietos. Yo hago lo que puedo para divertirlos, que divertir á muchos es mi empleo. Vos que aspiráis á ilustres sufragios, sean también para el siglo vuestros versos. Tened pasión, y sentimiento, y alma y también locura, que todo es bueno.

EL DIRECTOR. — Ostentad la riqueza de la escena, cuadros variados, un nuevo mundo á los espectadores asombrados... ¿Á qué vienen? Á ver, quieren ver á toda costa. Os llamarán genio sublime si conquistáis su atención. Sobre la masa obra la masa. Cada cual escoge según su gusto y halla lo que busca donde la materia abunda y quien mucho da, da para el orbe enteró. Que también vuestra obra sea variada. En un

argumento sencillo no hoy encanto. El público poco aprecia esas bellezas y haría piezas vuestra pieza.

EL POETA. — Desprecio de igual modo las amenazas y el favor del público; un semejante oficio repugna á mi orgullo; ¡está visto! estáis por el galimatías de nuestros modernos autores.

EL DIRECTOR. — Tenéis razón. El que quiere trabajar puede elegir el instrumento. Mirad lo que tenéis que hacer y no olvidéis para quien escribís. Uno acaba de venir cargado de fastidio, otro llega recién comido, otros, y es lo peor, vienen cansados de leer periódicos; Se viene aquí como á un baile de máscaras en alas de la curiosidad. Los hombres vienen para ver y las mujeres para ser vistas ¿Que vais á pedir á Helicon? ¿Para contentar á semejante gente, se necesita tanto trabajo? ¡Terribles jueces á fe mía! Estúpidos los más, insensibles los menos, al salir de aquí, uno en el juego pasará la noche y el otro se irá con su querida. Pobre loco si á semejante gente prostituis vuestra musa. ¡Nunca! Creedme, os lo repito, brocha gorda y no más. Es menester sacudir esas mentes que no es posible contentar. ¿Mas que es eso, que tenéis? ¿Es arrobamiento ó cólera?

EL POETA. — ¡Buscad otro lacayo! Ignoráis el deber del poeta y su celestial empleo; cómo subyuga los corazones y á su capricho combina los elementos; por la armonía que llena su ser y le hace reconstruir el mundo en su corazón. Mientras que la naturaleza va envolviendo en su huso los hilos animados de su eterna trama; cuando los seres diversos en tumulto apiñados siguen tristemente el curso de los siglos; ¿quién someterá la materia al genio? ¿Quién someterá la acción á la armonía? ¿Quién sabe hacer volver al orden universal el ser que se rebela ó se puede

extraviar? ¿Quién, por acentos más ardientes ó más discretos sabe suscitar las tempestades del mundo, ó consolar los corazones dolientes? ¿Quién cubrirá con flores el sendero del amante? ¿Quién puede recompensar las artes y conceder los favores de la Gloria con hojas de laurel? ¿Quién protege á los dioses? ¿Quién sostiene al Empireo? El poder del hombre que sólo en el poeta se revela.

EL GRACIOSO. — Muy bien, yo venero el arte y el genio: pero dejad algo al azar; que es el amor, la vida... dos seres se ven, se enlazan, ¿quién sabe cómo? Suave es la pendiente, uno la sigue, se cree que va á ser feliz; llegan los pesares y se concluyó la novela. Esto es lo que será preciso que pintéis. Lanzaos sin temor en la existencia; todo el mundo toma parte en ella sin saberlo y hace sin saberlo cosas que vos solo comprenderéis y veréis. Entre mil imágenes, una verdad, y un solo rayo de luz en vuestras nubes. ¡Entonces veréis el auditorio entusiasmado, frenético! Necesitan de un espejo y no de una pintura donde se mirarán todas las tardes. No olvidéis el amor; el solo os dará aplausos y llenará la caja. Encended una hoguera donde la juventud tenga provisión de fuego, que si al hombre maduro no conviene, debéis contar con el que quiere llegar á serlo.

EL POETA. — ¡Devuélveme, pues, esos tiempos de mi adolescencia en que yo mismo no era más que una esperanza; esa edad tan fecunda en cantos armoniosos mientras un mundo perverso no espantó mis ojos; mientras que, apartado de los honores, mi corazón sólo fué ávido de flores, dulces tesoros del húmedo valle! En mi sueño de oro, yo me iba cantando. Nada poseía y ¡cuánto era feliz sin embargo! ¡Devuélveme esos deseos que cansaban mi vida, esos pesares desgarradores

que hoy envidio, mi juventud!... En una palabra, haz revivir en mi alma la fuerza para odiar y el poder de amar!...

EL GRACIOSO. — Esa edad ardiente que tanto anhelas te fuera necesaria en un combate ó si la hermosura por tu amor suspirase, si en la carrera el premio disputases, si en una noche de felicidad buscases la embriaguez del amor. Pero pulsar una lira con indolente gracia, á la meta que te indican llegar cantando, esto es, viejo cantor, lo que de ti se espera.

EL DIRECTOR. — ¡Vamos! ¡obras no más!.. las palabras son inútiles; dejad á parte vuestros tontos cumplimientos. ¿De qué sirve decir esto ha de hacerse, si no lo hacéis al fin? Usad del arte pues que sois poeta. La multitud busca lo nuevo; satisfacedla pues. Es preciso que procuremos contentar sus gustos. Quien tiene la ocasión no debe soltarla. No ahorréis ni máquinas ni tramoyas, dejad mis almacenes limpios, sembrad á manos llenas la luna, las estrellas, los árboles, el Océano y las rocas de lienzo, poblad todo eso de aves y de fieras, desarrollad los cuadros de la Creación pasando á través de la naturaleza entera, del infierno al cielo, y del cielo á la tierra.

PRÓLOGO
EN EL CIELO

EL SEÑOR, LAS MILICIAS CELESTIALES, LUEGO
MEFISTÓFELES. LOS TRES ARCÁNGELES SE ADE-
LANTAN.

RAFAEL. El sol resuena como en el mundo antiguo en el coro armonioso de las esferas, y su ordenada carrera se hace con la rapidez del rayo.

Su aspecto infunde fuerza á los ángeles, aunque no puedan penetrarlo. Las maravillas de la creación son inexplicables y magníficas como en su primer día.

GABRIEL. La tierra ataviada gira sobre ella misma con una increíble velocidad, y pasa sucesivamente del día puro del Edén á las tinieblas pavorosas de la noche.

El mar espumoso azota con sus olas el pie de las rocas, y rocas y mares son llevados al círculo eterno de los mundos.

MIGUEL. La tempestad se dispara de la tierra á los mares, y de los mares á la tierra, y los ciñe con una cadena de furiosas sacudidas; el relámpago traza delante del rayo un luminoso sendero. Pero, más altos, Señor, tus mensajeros adoran el esplendor tranquilo de tu día.

LOS TRES. Su aspecto imprime fuerza á los ángeles, aunque no puedan comprenderlo. Las maravillas de la

creación son inexplicables y magníficas como en el primer día.

MEFISTÓFELES. Señor, pues te acercas una vez á nosotros, pues que quieres saber cómo van las cosas de abajo, y que de ordinario te complaces con mi plática, vengo hacia ti entre esta muchedumbre. Perdona si me expreso con poca solemnidad: temo mucho hacerme silbar por la compañía; y la elocuencia en mi boca daría risa seguramente, si no hubiese mucho tiempo que has perdido el hábito de reir. Nada tengo que decir del sol ni de las esferas; pero veo como se atormentan los hombres. El diosencillo del mundo tiene todavía el mismo temple y es tan extravagante como en el primer día. Viviría, me parece, más convenientemente si no hubieras tocado su cerebro con un rayo de la celeste luz. Él llama á eso razón, y no la emplea más que en gobernarse más bestialmente que las bestias. Se parece (si tu Señoría lo permite) á esas cigarras de largas patas, que saltan y revolotean en la hierba cantando su vieja canción. ¡Y si estuviera siempre en la hierba! mas no, es menester que vaya además á hocicar contra los estercoleros.

EL SEÑOR. ¿No tienes más que decirnos? Nunca has de venir sino para quejarte. Y según tú, ¿no hay nada bueno en la tierra?

MEFISTÓFELES. Nada, Señor: todo va en ella perfectamente mal, como siempre: los hombres me dan lástima en sus días de miseria, hasta tal punto, que se me hace cargo de conciencia atormentar á esta pobre especie.

EL SEÑOR. ¿Conoces á Fausto?

MEFISTÓFELES. ¿El Doctor?

EL SEÑOR. Mi siervo.

MEFISTÓFELES. Sin duda. Ese sujeto os sirve de

una manera extraña. Para ese loco nada hay de terrestre, ni aun el comer ni el beber. Su espíritu siempre cabalga por los espacios, y él mismo se da cuenta á medias de su locura. Pide al cielo sus más bellas estrellas, y á la tierra sus sublimes alegrías; pero nada de lejos ni de cerca basta para calmar la tempestad de sus deseos.

EL SEÑOR. Me busca afanosamente en la oscuridad, y voy bien pronto á conducirlo á la luz. En el arbusto que enverdece, el jardinero distingue ya las flores y los frutos que se desarrollarán en la estación inmediata.

MEFISTÓFELES. ¿Queréis apostar á que perdéis también á ese? Pero dejadme la elección de los medios, para arrastrarle despacio á mis vías.

EL SEÑOR. Cuanto tiempo viva sobre la tierra te es permitido inducirle en tentación. Todo hombre que obra puede extraviarse.

MEFISTÓFELES. Os doy gracias. Me agrada mucho habérmelas con los vivos. Me gustan las mejillas llenas y frescas. Soy como el gato, que se cuida muy poco de los ratones muertos.

EL SEÑOR. Bien, lo permito. Separa á ese espíritu de su origen, y condúcelo á tu camino, si puedes; pero que seas confundido si tienes que reconocer que un hombre de bien, en la tendencia confusa de su razón, sabe distinguir y seguir la vía estrecha del Señor.

MEFISTÓFELES. No la seguirá mucho tiempo: mi apuesta nada tiene que temer. Si venzo, me permitiréis que triunfe con todo sosiego. Quiero que coma el polvo con delicias, como el áspid mi primo.

EL SEÑOR. Siempre podrás presentarte aquí con libertad. Yo no repugno nunca á tus iguales. Entre los

espíritus que niegan, el espíritu de astucia y de malicia es el que menos me disgusta. La actividad del hombre se entibia fácilmente; es propenso á la pereza, y me place verlo con un compañero activo, inquieto, y que hasta puede crear en caso de necesidad como el diablo. Mas vosotros, verdaderos hijos del cielo, regocijaos en la belleza viva en que nadáis, que el poder que vive y obra eternamente, os retiene en las dulces barreras del amor: sabed afirmar en vuestros pensamientos durables, los cuadros vagos y cambiantes de la creación.

(El cielo se cierra, los arcángeles se separan.)

MEFISTÓFELES. Me gusta visitar de cuando en cuando al viejo Señor, y cuido de no romper con él. Es muy bueno esto de que tan alto personaje hable al mismo diablo con tanta ingenuidad.